



## HISTORIA DE UN AMOR

El caballero culto creyó encontrar en la señorita los síntomas que a él le parecían inequívocos del ligue. Ella reía agudo (ji, ji, ji) a las numerosas tonterías proferidas por el caballero culto, y de cuando en cuando ponía un gesto profundo y emitía un «jo» cargado de significado. El caballero culto, y por lo tanto inexperto, estaba radiante de satisfacción. Cuando la señorita aceptó el pago de su cafelito y salió a la calle, y no se despidió sino que siguió el camino del caballero culto, éste pensó que estaba en lo que generalmente se llama el bote. Una hora más tarde, el caballero culto creyó que debía exponer las cosas con claridad, pero con delicadeza verbal. Pasó del usted que había mantenido pulcramente a un tuteo, no sin antes decir «me permites», y ella «pues claro, jo». Y con el tuteo inició su explicación: «Las relaciones entre un hombre y una mujer no tienen, finalmente, más que un objeto. Entre personas inteligentes como tú y yo (ella sacudió vivamente su cabecita, en señal de afirmación), el tiempo es un lujo que no se puede perder» (jo). «Claro que comprendería tu resistencia inicial, habituada como está cada mujer, por una educación que la infantiliza, a prejuicios que, vistos serena-

mente, carecen de sentido» (cabeza inclinada). «Ciertamente que muchas señoritas temen la aproximación del desconocido. Pero no puede haber desconocimiento cuando la palabra tiende un puente y se producen determinadas formas de anagnorisis» (jo). «Otras, claro, tienen temores patológicos. ¡Ah, el fantasma de las enfermedades y los contagios! Lee, lee a Alexis Comfor» (inclinación afirmativa de la cabecita). «En "Los fabricantes de ansiedad" explica cómo se han manipulado estos miedos por los puritanos para sustituir nociones de moral que no podían seguir sosteniendo después de la decadencia de la época victoriana». «¿Victoriana?», preguntó la señorita como si le recordase el nombre de una ami-

ga. «Victoriana, sí, digo bien, victoriana. ¡Pero todo eso pasó! Incluso los residuos patológicos que hoy pueden persistir están vencidos definitivamente por los descubrimientos del doctor Fleming». La palabra Fleming pareció encontrar mayor comprensión en la señorita. Murmuró algo de «costa, jo». El caballero culto percibió que avanzaba y que sin duda había encontrado el lenguaje preciso para convencer. «Algunas, pobrecillas, y tú eres tan joven como para haber sido víctima de esa deseducación, piensan que puede resultar una realización dolorosa, y hasta cuando lo han intentado han sentido un malestar... ¡Error, error! Salvo algunos casos de vaginismo, no hay experiencia dolorosa. Casos incluso que pueden ser vencidos fácilmente por quien, como yo, ha leído y aprovechado los estudios de Master y Johnson. ¡No hay problemas, no hay problemas!», gritó entusiasmado. Y ella ratificó. «No, no hay problemas». «Tú has comprendido bien, sin duda, dónde voy a parar». «Sí». «Y, entonces, ¿qué me respondes?». Y la dulce señorita, con su más abierta sonrisa, dijo: «Tres mil pesetas».